

tardó en tener altercados que, con motivo de la caza y á causa de su impetuosidad, terminaron con graves procesos ahogados á fuerza de dinero por Chesnel, y de los cuales nadie se atrevió á hablar al marqués. Juzgad del asombro del marqués de Esgrignon si hubiese sabido que su hijo era perseguido por haber cazado en sus tierras, en sus dominios y en sus bosques bajo el reinado de un hijo de San Luis. Según decía Chesnel, se temía demasiado lo que podría sobrevenir para iniciarle en tamañas pequeñeces. El joven conde se permitió algunas otras trastadas fuera de casa, que fueron consideradas como amoríos por el Caballero, pero que acabaron por costar á Chesnel dotes, dados á jóvenes seducidas mediante imprudentes promesas de matrimonio; y otros procesos, llamados en el Código *substracción de menores*, los cuales hubiesen conducido Dios sabe dónde al joven conde, á no haber sido por la prudente intervención de Chesnel. Estas victorias sobre la justicia envalentonaron á Victoriano, el cual, como se hubiese acostumbrado á salir bien de sus malos pasos, no reculaba ante nada y consideraba á los tribunales como fantasma para el pueblo, pero sin peligro alguno para él. Lo que hubiera sido vituperado en un plebeyo, era para él una excusable diversión, y esta conducta, este carácter y esta inclinación á despreciar las leyes nuevas para no obedecer más que á las máximas del código noble, fueron estudiadas por algunas personas hábiles que pertenecían al partido de Croisier, y las tales personas se apoyaron en estos hechos para hacer creer al pueblo que las calumnias del liberalismo eran revelaciones y que la vuelta al antiguo orden de cosas en toda su pureza constituía el fondo de la política ministerial. ¡Qué dicha era para ellos tener una media prueba de sus asertos! El presidente Ronceret, lo mismo que el fiscal, se prestaban admirablemente á todo lo que fuese compatible con los deberes de la magistratura, y hasta iban más allá por cálculo, para que el partido liberal chillase con motivo de una concesión abusiva y para excitar las pasiones contra la casa Esgrignon fingiendo que la servían. Estos traidores tenían el proyecto de mostrarse incorruptibles cuando se tratase de un hecho grave y se vieran sostenidos por la opinión pública. Las malas disposiciones del conde fueron pérfidamente alentadas por dos ó tres jóvenes de aquellos que le hicieron la corte, que le adularon, que se captaron

sus simpatías y obedecieron á sus ideas, procurando confirmar su creencia en la supremacía del noble en una época en que el noble no había podido conservar su poder á no ser usando una extrema prudencia durante medio siglo. Croisier esperaba reducir á los Esgrignon á la última miseria, ver su castillo abatido y sus tierras vendidas en pública subasta, á causa de su debilidad por aquel joven aturdido cuyas locuras debían comprometerlo todo. Este enemigo no pasaba de aquí, y no creía, como el presidente Ronceret, que Victoriano no diese motivo para más á la justicia. La venganza de estos dos hombres estaba, por otra parte, perfectamente secundada por el excesivo amor propio de Victoriano y por su amor al placer. El hijo del presidente Ronceret, joven de diez y siete años, desempeñaba á las mil maravillas el papel de agente provocador y era uno de los compañeros más pérfidos del conde. Croisier pagaba á este espía de nuevo género, le hacía corromper á aquel noble y hermoso muchacho y le iniciaba burlonamente en el arte de estimular las malas disposiciones de su presa. Fabián de Ronceret estaba dotado precisamente de una naturaleza envidiosa y astuta, y era un joven sofista que gozaba con semejante engaño y que encontraba en él esa gran diversión que falta en provincias á las gentes de ingenio.

De los diez y ocho á los veintiún años, Victoriano costó cerca de ochenta mil francos al pobre notario, sin que la señorita Armanda y el anciano marqués supiesen una palabra. Más de la mitad de esta suma había sido empleada en anular los procesos, y el resto en los despilfarros del joven. De los diez mil francos de renta del marqués, cinco mil eran necesarios para el sostenimiento de la casa; los gastos de la señorita Armanda, no obstante su parsimonia, y los del marqués, ascendían á dos mil francos, y, por lo tanto, la pensión del hermoso y presunto heredero quedaba reducida á cien luises. ¡Qué eran dos mil francos para presentarse convenientemente? En vestir solamente gastaba Victoriano esta renta, pues encargaba su ropa interior, los trajes, los guantes y la perfumería á París. Victoriano había querido un bonito caballo de silla inglés y un caballo de tálburi. El señor Croisier tenía un caballo inglés y un tálburi. ¡Había de dejarse aplastar la nobleza por los plebeyos? Después el joven conde había querido un *groom* con la librea de su casa. Halagado con la idea de imponer la moda á la villa, al departamento

y á la juventud, el joven conde penetró de lleno en el mundo de las fantasías y del lujo, mundo que tan bien sienta á la juventud hermosa é inteligente. Chesnel daba medios para todo, no sin usar como los antiguos parlamentos el derecho de amonestación, si bien con una dulzura angelical.

—¡Qué lástima que un hombre tan bueno sea tan cargante!—se decía Victoriano cada vez que el notario empleaba alguna suma en deshacer algún entuerto.

Viudo y sin hijos, Chesnel había adoptado en el fondo de su corazón al hijo de su antiguo amo, y sentía un goce inmenso viéndole atravesar la calle mayor de la villa guiando su tilburi con el látigo en la mano, una rosa en el ojal, guapo, bien vestido y envidiado de todos. Cuando, por una necesidad urgente, como una pérdida en el juego en casa de los Troisville, de Verneuil, del recaudador general ó en la prefectura, iba Victoriano á buscar á su Providencia, al anciano notario, en su modesta casa de la calle de Bercaill, no hacía más que presentarse para tener logrado su objeto.

—¿Qué hay, señor conde? ¿qué le ha ocurrido á usted?—le preguntaba el anciano con voz alterada.

En las grandes ocasiones, Victoriano se sentaba, afectaba cierto aire melancólico y soñador y se dejaba interrogar haciendo remilgos. Después de haber causado las mayores ansiedades al buen hombre, que empezaba á temer las consecuencias de una disipación constante, confesaba un peccadillo saldado con un billete de mil francos. Además de su estudio, Chesnel poseía aún doce mil francos de renta. Estos fondos no eran inagotables. Los ochenta mil francos devorados constituían sus economías reservadas para la época en que el marqués enviase á su hijo á París ó para facilitarle un buen matrimonio. Clarividente cuando Victoriano no estaba allí, Chesnel perdía una á una las ilusiones que acariciaban el marqués y su hermana, y reconociendo en aquel muchacho una falta absoluta de talento para conducirse en la vida deseaba casarlo con alguna muchacha noble, juiciosa y prudente. Viéndole hacer al día siguiente lo contrario de lo que había prometido la víspera, Chesnel se preguntaba como era posible que un joven pensase tan bien y obrase tan mal. Pero nunca hay que esperar nada bueno de los jóvenes que confiesan sus faltas y se arrepienten de ellas para volver á incurrir en las mismas. Los hombres de gran carácter no confiesan sus faltas más que á sí mismos y se castigan por sí

solos. Respecto á los débiles, vuelven á caer en el abismo cuyos bordes no saben costear. Victoriano, á quien semejantes tutores, de acuerdo con sus compañeros y sus costumbres, le habían suavizado el resorte del orgullo secreto de los grandes hombres, había llegado de pronto á la debilidad de los voluptuosos en el momento de su vida en que, para ejercitarse, su fuerza había necesitado el régimen de contrariedad y de miserias que formó á los príncipes Eugenio, á los Federico II y á los Napoleón. Chesnel veía en Victoriano un indomable furor por los goces, que debe ser la pancea de los hombres dotados de grandes facultades y que sienten la necesidad de contrabalancear su fatigante ejercicio con iguales compensaciones en placeres, pero que conducen á un abismo á las gentes hábiles solamente para las voluptuosidades. El buen hombre se asustaba á veces, pero á veces también las profundas salidas y el vasto ingenio que hacían á aquel joven tan notable, le tranquilizaban. Acababa por decirse lo mismo que decía el marqués siempre que llegaba á sus oídos el rumor de alguna escapada:

—Son cosas de la juventud.

Cuando Chesnel se quejaba al Caballero de la propensión que el joven conde tenía á contraer deudas, el Caballero le escuchaba amasando una toma de tabaco con aire burlón.

—Pero explíquese usted entonces lo que es la Deuda Pública, mi querido Chesnel—le decía.—¡Eh! que diantre; si Francia tiene deudas, ¿por qué no ha de tenerlas Victoriano? Hoy, como siempre, los príncipes tienen deudas. Todos los hidalgos tienen deudas. ¿Querría usted acaso que Victoriano le trajera economías? ¿Sabe usted lo que hizo nuestro gran Richelieu, no el cardenal, que era un miserable que mataba á la nobleza, sino el mariscal, cuando su nieto el príncipe de Chinón, el último de los Richelieu, le hizo ver que no había gastado en la universidad el dinero que le habían dado para sus gastos?

—No, señor Caballero.

—Pues bien, arrojó la bolsa por una ventana á un barrendero, diciéndole á su nieto: «¡Cómo! ¿no has sabido aprender á ser príncipe?»

Chesnel bajaba la cabeza sin decir palabra, pero por la noche, antes de dormirse, pensaba que aquellas doctrinas eran funestas en una época en que la policía existía para

todo el mundo, y veía en ella el germen de la ruina de la gran casa de Esgrignon.

Sin estas explicaciones, que describen todo un aspecto de la historia de la vida de provincias en tiempo del Imperio y de la Restauración, hubiese sido difícil comprender la escena que da comienzo á esta aventura que tuvo lugar á fines del mes de octubre del año 1822 en el Gabinete de los Antiguos, una noche después del juego, cuando los nobles concurrentes, las viejas condesas, las jóvenes marquesas y los sencillos barones hubieron saldado sus cuentas. El anciano hidalgo se paseaba á lo largo de su salón, mientras que la señorita Esgrignon iba apagando una á una las bujías de las mesas de juego; pero no se paseaba sólo, sino en compañía del Caballero. Estos dos despojos del siglo precedente hablaron de Victoriano, pues el Caballero había aceptado el encargo de hacerle al marqués algunas manifestaciones.

—Sí, marqués—decía el Caballero,—su hijo pierde aquí el tiempo y la juventud y creo llegada la hora de enviarle á la corte.

—Siempre he pensado que si mi mucha edad me impidiese ir á la corte, donde, como usted no ignora, no sé lo que haría al ver lo que ocurre y al hallarme sobre todo entre gentes nuevas á quienes recibe el rey, enviaría al menos á mi hijo á presentar nuestros homenajes á Su Majestad. El rey debe dar algo al conde, algo así como el mando de un regimiento, un empleo en su casa, en fin, alguna cosa que pueda hacerle medrar. Mi tío el arzobispo ha sufrido un cruel martirio, y yo he guerreado sin abandonar el campo, como todos aquellos que creyeron un deber seguir á los príncipes: á mi juicio el rey estaba en Francia y su nobleza debía rodearle. Y sin embargo, ya ve usted que nadie piensa en nosotros, mientras que Enrique IV hubiera escrito ya á los Esgrignon diciéndoles: *Venid, amigos míos, hemos ganado la partida.* En fin, creo que valemos más que los Troisville, y ahí tiene usted á dos Troisville, nombrado el uno par de Francia y el otro diputado de la nobleza. A decir verdad, lo mismo piensan en nosotros que si no existiésemos. Yo esperaba el viaje que los príncipes tenían que hacer aquí, pero puesto que los príncipes no vienen á nosotros, será preciso ir á ellos.

—Me produce honda satisfacción el saber que piensa usted presentar á Victoriano en el gran mundo, pues esta villa es

un agujero en el que no debe de enterrar su talento. Todo lo más que puede encontrar aquí es alguna normanda necia, mal educada y rica. ¿Y qué haría de ella? ¿casarse? ¡oh! de ningún modo.

—Yo confío en que no se casará hasta después de lo grado algún puesto en el reino ó en la corona—dijo el anciano marqués.—Pero hay graves dificultades.

He aquí las únicas dificultades que veía el marqués para que su hijo hiciese carrera:

—Mi hijo—repuso después de una pausa producida por un suspiro—no puede presentarse como un descamisado, y es preciso equiparle. Pero ¡ay de mí! ya no tenemos, como hace dos siglos, nuestros hidalgos de compañía. ¡Ah! Caballero, esta horrible demolición que contemplo hace ya tiempo, me parece imposible y creo hallarme aún en el día siguiente á aquel en que Mirabeau le dió el primer martillazo. Hoy no se trata más que de tener dinero, y esto es lo único que veo claro en los beneficios de la Restauración. El rey no pregunta ya si desciende uno de los Valois ó si es uno de los conquistadores de la Galia; sólo pregunta si se pagan mil francos de impuestos. De modo que no veo el medio de enviar al conde á la corte sin unos noventa mil escudos.

—Sí, con esa bagatela ya podrá presentarse decentemente—dijo el Caballero.

—Pues bien—dijo la señorita Armanda,—he rogado á Chesnel que viniere esta noche. Caballero, ¿querrá usted creer que desde el día que Chesnel me propuso que me casara con ese miserable Croisier?...

—¡Aquello era indigno, señorita!—exclamó el Caballero.—¡Imperdonable!—dijo el marqués.

—Pues bien—repuso la señorita Armanda,—mi hermano no se ha decidido á pedirle nada absolutamente á Chesnel.

—¡A su antiguo criado!—repuso el Caballero.—¡Ah! marqués. Pero si le haría usted un gran honor á Chesnel, un honor del que se mostraría orgulloso hasta el último momento de su vida.

—No—respondió el hidalgo,—no encuentro la cosa digna.

—No se trata aquí de cosa digna, sino de cosa necesaria—repuso el Caballero encogiéndose de hombros.

—¡Nunca!—exclamó el marqués respondiendo con un gesto que decidió al Caballero á intentar una última y arriesgada tentativa para iluminar al anciano.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RAYES"
MONTREY, MEXICO

—Pues bien—dijo el Caballero,—si usted no lo sabe, yo le diré que Chesnel le ha dado algo á vuestro hijo, algo así...

—Mi hijo es incapaz de haber aceptado nada de Chesnel—exclamó el anciano irguiéndose é interrumpiendo al Caballero.—Habrà podido pedirle á usted veinticinco luises.

—Algo así como cien mil francos—dijo el Caballero continuando.

—¡Cómo! ¡el conde de Esgrignon debe cien mil francos á un Chesnel!—exclamó el anciano dando muestras de profundo dolor.—¡Ah! si no fuese hijo único, esta misma noche partiría para Ultramar con un título de capitán. Deber á usuarios con los cuales se queda en paz mediante crecidos intereses, bueno; pero á un Chesnel, á un hombre que nos es adicto!

—Sí, mi querido marqués; nuestro adorable Victoriano se ha comido cien mil francos—repuso el Caballero sacudiéndose el polvo de tabaco que manchaba su chaleco,—lo cual es poco, ya lo sé. A su edad, yo... Pero, en fin, dejemos nuestros recuerdos, marqués. El conde está en provincias y, relativamente, ya es gastar; irá lejos. Veo en él ese desarreglo de los hombres llamados á realizar más tarde grandes cosas.

—¡Y está durmiendo arriba sin haberle dicho nada á su padre!—exclamó el marqués.

—Duerme con la inocencia del niño que sólo ha hecho desgraciadas á cinco ó seis artesanas y que necesita ahora marquesas—respondió el Caballero.

—Pero se está exponiendo á recibir una condena de real orden.

—Ya están suprimidas esa clase de condenas—exclamó el Caballero.—Cuando se ha intentado crear una justicia excepcional, ya sabe usted cómo ha gritado todo el mundo. No hemos podido mantener las audiencias prebostales, llamadas *comisiones militares* por el señor de Bonaparte.

—Pero entonces, ¿qué va á ser de nosotros cuando tengamos hijos demasiado locos ó demasiado malvados? ¿no podremos ya encerrarlos?—dijo el marqués.

El Caballero miró al desesperado padre y no se atrevió á responderle, diciéndole:

—Nos veremos obligados á educarlos bien.

—¡Y usted no me ha dicho nada de todo esto, señorita Esgrignon!—dijo el marqués interpellando á su hermana.

Estas palabras denotaban siempre gran irritación, pues de ordinario solía llamarla *hermana mía*.

—Pero señor, cuando un joven vivaracho y bullicioso permanece metido en una villa como ésta, ¿qué quiere usted que haga?—dijo la señorita Esgrignon, que no comprendía la cólera de su hermano.

—¡Qué diantre! eso se comprende—repuso el Caballero;—juega, tiene aventuras, caza, y eso cuesta horriblemente caro.

—Vamos—se dijo el marqués,—ya es tiempo de enviárselo al rey. Mañana pasará la mañana escribiendo á nuestros parientes.

—Yo conozco algo á los duques de Navarreins, de Lemoncourt, de Maufrigneuse y de Chaulieu—dijo el Caballero, á pesar de que sabía que apenas se acordarían de él.

—Mi querido Caballero, no hacen falta tantos preámbulos para presentar á un Esgrignon en la corte—dijo el marqués interrumpiéndole.—¡Cien mil francos!—se dijo.—Ese Chesnel es bien atrevido. He aquí los efectos de estas malditas riñas. Mi Chesnel protege á mi hijo. Y es preciso que yo le ayude... No, hermana mía, usted se encargará de este asunto. Chesnel que procure asegurar lo suyo con nuestros bienes. Y después usted se encargará de echarle una reprimenda á ese aturdido, pues de otro modo acabaría por arruinarse.

El Caballero y la señorita de Esgrignon encontraban sencillas y naturales estas palabras, no obstante ser tan cómicas para cualquiera otro que las hubiera oído. Lejos de esto, aquellas dos personas se sintieron verdaderamente conmovidas al ver la expresión casi dolorosa que se pintó en las facciones del anciano. En aquel momento, el señor de Esgrignon estaba bajo el peso de cierta previsión siniestra, llegando casi á adivinar su época. Muy pensativo fué á sentarse en una poltrona en el rincón del fuego, olvidando á Chesnel, que debía llegar muy pronto y al que no quería pedir nada.

El marqués de Esgrignon tenía entonces la fisonomía que le atribuirían seguramente las imaginaciones un tanto poéticas. Su cabeza; casi calva, conservaba aún algunos cabellos blancos y sedosos detrás de la cabeza, cabellos que caían formando mechones rizados por los extremos. Su hermosa frente llena de nobleza, aquella frente que se admira en la cabeza de Luis XV, en la de Beaumarchais y en la de Richelieu, no poseía ni la amplitud de la del mariscal de Sajo-

nia, ni el círculo pequeño de Voltaire, pero sí tenía una graciosa forma convexa suavemente modelada, con sienes blandas y doradas. En sus ojos brillaba ese valor y ese fuego que no bastan á apagar los años. Tenía la nariz de los Condé y la cariñosa boca de los Borbones, de la que no salen más que palabras ocurrentes ó buenas, como las que decía siempre el conde de Artois. Sus mejillas estaban en armonía con su cuerpo seco, sus piernas finas y sus manos llenas. Llevaba el cuello rodeado de una corbata puesta como la de los marqueses representados en todos los grabados que adornan las obras del siglo pasado, y que podéis ver lo mismo en Saint-Preux que en Lovelace, en los héroes del burgués Diderot que en los del elegante Montesquieu (véase las primeras ediciones de sus obras). El marqués llevaba siempre un chaleco blanco con bordados de oro, sobre el cual brillaba la cinta del comendador de San Luis, y una levita azul con grandes faldones, singular traje que había adoptado el rey; pero el marqués no había abandonado el calzón francés, ni las medias de seda blanca, ni las hebillas, y desde la tarde de la tarde se le veía ya vestido de este modo. No leía más que *El Cotidiano* y *La Gaceta de Francia*, dos periódicos que eran acusados de obscurantismo y de mil enormidades monárquicas y religiosas por los diarios constitucionales, y que el marqués encontraba llenos de herejías y de ideas revolucionarias. Por exagerados que sean los órganos de una opinión, están siempre por debajo de los puritanos de su partido, del mismo modo que el pintor de este magnífico personaje será seguramente tachado de haber ido más allá de la verdad, cuando, por el contrario, suaviza algunos tonos demasiado duros y ardientes de su modelo. El marqués de Esgrignon había apoyado los codos en las rodillas y mantenía la cabeza entre las dos manos. Durante todo el tiempo que él meditó, la señorita Armanda y el Caballero se miraron sin comunicarse sus ideas. ¿Sufría el marqués ante la idea de deber el porvenir de su hijo á su intendente? ¿Dudaba de la acogida que podían hacerle al señor conde? ¿Lamentaba no haber preparado nada para la entrada de su heredero en el brillante mundo de la corte, permaneciendo en el fondo de su provincia retenido por su pobreza? El anciano lanzó un profundo suspiro al levantar la cabeza. Este suspiro era uno de los que lanzaba entonces la aristocracia verdadera y leal, la de los hidalgos de provincias, tan olvidados como

la mayor parte de los que habían cogido su espada y resistido durante la tormenta.

—¿Qué se ha hecho por los Montauran, por los Guenic, por los Fontaine, por los Bauvan, que no se sometieron nunca?—se dijo en voz baja.—A los que han luchado más valerosamente, se les han dado miserables pensiones ó el mando de alguna fortaleza en la frontera.

Evidentemente, el marqués dudaba del rey. La señorita de Esgrignon procuraba tranquilizar á su hermano acerca del porvenir de aquel viaje, cuando se oyeron unos pasos que anunciaban la llegada de Chesnel, resonando en las aceras de la calle á lo largo del salón. El notario no tardó en presentarse en la puerta, y José, el antiguo ayuda de cámara del conde, abrió sin anunciar.

—Chesnel, hijo mío...

El notario tenía sesenta y nueve años, cabeza canosa, cara redonda y venerable, y llevaba calzones de una anchura que hubiese merecido de Sterne una descripción épica; medias forradas, zapatos con hebillas de plata, levita y un gran chaleco de tutor.

—...Has estado muy jactancioso prestando dinero al conde de Esgrignon. Merecerías que te lo devolviese al instante y que no volviésemos á vernos nunca, pues has dado alas á sus vicios.

Hubo un momento de silencio, como en la corte cuando el rey reprende públicamente á un cortesano. El anciano notario tenía una actitud humilde y contrita.

—Chesnel—repuso el marqués con bondad,—ese hijo me inquieta y quiero enviarle á París para que sirva allí al rey. Tú te entenderás con mi hermana para preparar lo necesario para su marcha... Después arreglaremos nuestras cuentas.

El marqués se retiró gravemente, saludando á Chesnel con un gesto familiar.

—Doy las gracias al señor marqués por sus bondades—dijo el anciano, que permanecía de pie.

La señorita Armanda se levantó para acompañar á su hermano. Como había llamado, el ayuda de cámara estaba ya en la puerta con una luz en la mano para ir á acostar á su amo.

—Siéntese usted, Chesnel—dijo la solterona volviendo.

Con sus delicadezas de mujer, la señorita Armanda libraba de toda rudeza al trato del marqués con su antiguo inten-

dente; bien es verdad que debajo de aquella rudeza Chesnel adivinaba un magnífico afecto. El apego del marqués a su antiguo criado constituía una pasión semejante á la que el amo siente por su perro y que le llevaría á pegarse con cualquiera que le diese una patada al animal: lo considera como una parte integrante de su existencia, como una cosa que sin ser él mismo, le representa en lo que tiene de más caro, en los sentimientos.

—Señorita, ya era tiempo de hacer que el señor conde dejase la villa—dijo sentenciosamente el notario.

—Sí—respondió aquélla.—¿Se ha permitido alguna nueva escapada?

—No, señorita.

—Pues entonces, ¿por qué le acusa usted?

—Señorita, yo no le acuso. Estoy muy lejos de acusarle, ni tampoco le acusaría nunca, hiciese lo que hiciese.

La conversación decayó. El Caballero, ser eminentemente comprensivo, se puso á bostezar como hombre rendido por el sueño, y excusándose graciosamente, salió con tantas ganas de dormir como de tirarse al mar: el demonio de la curiosidad le abría los ojos, y con su delicada mano quitaba el algodón que se había puesto en los oídos.

—Bueno, Chesnel, ¿hay algo de nuevo?—dijo la señorita de Esgrignon con inquietud.

—Sí—respondió Chesnel.—Se trata de cosas que no es posible explicar al señor marqués, porque caería muerto de apoplejía.

—Diga usted—repuso ella inclinando su hermosa cabeza contra el respaldo de la poltrona y dejando caer los brazos á lo largo del cuerpo, como el que espera un golpe de muerte sin defenderse.

—Señorita, el señor conde, que tiene tanto talento, está siendo juguete de gentes que preparan una gran venganza: quieren vernos arruinados, humillados. El presidente de la audiencia, el señor Ronceret, tiene, como usted sabe, las más grandes pretensiones nobiliarias...

—Su abuelo era procurador—dijo la señorita Armanda.

—Lo sé—dijo el notario,—por eso no le han recibido ustedes ni va tampoco á casa de los señores de Troisville, ni á casa de los duques de Verneuil, ni á casa de los señores de Casterán; pero en cambio es uno de los sostenes del salón de Croisier. Don Fabián del Ronceret, con quien su

sobrino de usted puede alternar sin darle demasiadas confianzas (necesita amigos), pues bien, ese joven es el consejero de todas sus locuras, él y dos ó tres más que son del partido de vuestro enemigo, del enemigo del Caballero, del que no respira más que venganza contra ustedes y contra toda la nobleza. Todos esperan verles á ustedes arruinados á causa de su sobrino. Esta conspiración es dirigida por ese sicofante de Croisier, que se hace el realista; su pobre mujer, á quien ya conoce usted, lo ignora todo, y yo hubiera sabido esto antes si ella hubiera tenido oídos para oír el mal. Durante algún tiempo esos jóvenes locos no estaban en el secreto, pero á fuerza de reirse, los directores se han comprometido, los necios han comprendido, y desde las últimas calaveradas del conde soltaron algunas palabras estando borrachos. Estas palabras me han sido transmitidas por personas apenadas de ver perdido á un joven tan hermoso, tan guapo y tan encantador. En este momento se le compadece. Dentro de algunos días será... no me atrevo.

—Sí, despreciado, dígalo usted, Chesnel—exclamó dolorosamente la señorita Armanda.

—¡Ay de mí! ¿cómo quiere usted que las mejores gentes de la villa, que no saben que hacer de la mañana á la noche, dejen de murmurar de su prójimo? Han calculado ya las pérdidas que ha tenido en el juego el señor conde. De dos meses á esta parte ha gastado treinta mil francos, y todo el mundo se pregunta de dónde saca el dinero. Cuando se habla delante de mí, yo les llamo al orden. ¡Ah! pero... ¿creen ustedes, les decía yo esta mañana, que si le han arrebatado los derechos útiles y las tierras á la casa Esgrignon, que han podido hacer lo mismo con sus tesoros? El joven conde tiene derecho á obrar á su antojo, y mientras no os deba un céntimo, nada tenéis que decir.

La señorita Armanda le tendió la mano, en la que el anciano notario depositó un respetuoso beso.

—Buen Chesnel, amigo mío, ¿cómo encontrará usted los fondos para ese viaje? Victoriano no puede ir á la corte sin sostener cierto rango.

—¡Oh! señorita, yo he pedido dinero sobre el Jard.

—¡Cómo! ¿no tenía usted ya nada? ¡Dios mío!—exclamó. ¿Cómo haremos nosotros para recompensarle?

—Aceptando los cien mil francos que yo tengo á su disposición. Ya comprenderá usted que el préstamo ha sido

secreto, para que no perdiesen ustedes consideración. Para las gentes de la villa, yo pertenezco á la casa Esgrignon.

Los ojos de la señorita Armada se humedecieron con algunas lágrimas, y Chesnel, al ver aquello, no pudo resistir al deseo de besarle la falda.

—Esto no será nada—repuso el notario.—Es preciso que los jóvenes se diviertan. El trato de los salones de París hará cambiar el curso de las ideas del joven. A decir verdad, los amigos de ustedes son corazones nobles, personas dignísimas, pero no tienen nada de divertidos. Para no aburrirse, el señor conde se ve obligado á descender y acobardarse por acanallarse.

Al día siguiente el coche viejo de viaje de la casa Esgrignon salió de la cochera y fué enviado á casa del guarnicionero para ser restaurado; y después de almorzar, el joven conde fué solemnemente advertido por su padre de las intenciones formadas acerca de él: iría á la corte á servir al rey, y por el camino debía determinarse á seguir una carrera cualquiera. La marina ó el ejército, los ministerios ó las embajadas, la casa real; no tenía más que escoger, pues todas las puertas le serían abiertas. El rey tendría en cuenta, sin duda, que los Esgrignon no le habían pedido nada, reservando todos los favores del trono para el heredero de la casa.

Desde que había hecho locuras, el joven Esgrignon adivinaba el mundo parisiense y conocía la realidad de la vida. Como se trataba de que dejase la provincia y la casa paterna, escuchó gravemente la alocución de su respetable padre sin responderle que no se entraba ya en el ejército ni en la marina como antaño, que para llegar á ser teniente de caballería sin pasar por las escuelas especiales era preciso servir de paje, que las familias más ilustres iban á Saint-Cyr y á la Escuela política, lo mismo que los hijos de los plebeyos, después de concursos públicos en que los nobles corrían el riesgo de quedar muy por debajo de los villanos. Instruyendo á su padre, el joven temió no contar con los fondos necesarios para permanecer en París, y, por lo tanto, dejó creer al marqués y á su tía Armada que alternaría con el rey, que daría brillo á la casa Esgrignon y que tendría tratos con los más grandes señores. Afogado de no poder dar á su hijo más que un criado para que le acompañase, el marqués le ofreció su viejo criado José, hombre de

confianza que cuidaría de él y de sus negocios, y de quien el pobre padre se deshacía esperando reemplazarle por medio de algún criado joven.

—Acordaos, hijo mío—le dijo,—de que sois un Carol, que vuestra sangre es una sangre pura de toda mezcla y que vuestro escudo lleva por divisa: *Es nuestro*, y os permite ir por todas partes con la cabeza muy alta y hasta pretender reinas. Dad gracias á vuestro padre como yo se las di al mío. Debemos al honor de nuestros antepasados, santamente conservado, el poder mirar cara á cara todo y el no tener que inclinar la cerviz más que ante una amada, ante el rey ó ante Dios. He aquí el mayor de nuestros privilegios.

El buen Chesnel había asistido al almuerzo y no se había metido en consideraciones heráldicas ni en dirigirse á los poderosos; pero sí había pasado la noche escribiendo á un antiguo amigo suyo, á uno de los notarios más viejos de París. El amor paterno ficticio y real que Chesnel sentía por Victoriano no sería comprendido si se omitiese esta carta, comparable tal vez al discurso de Dédalo á Icaro. ¿No es necesario remontarse hasta la mitología para hallar comparaciones dignas de este hombre antiguo?

«Mi querido y respetable Sorbier: Recuerdo con verdadera delicia haber hecho las primeras armas de nuestra honrosa carrera en casa de tu padre, donde tú me demostraste amor, no obstante ser yo un pobre é insignificante pasante. A estos recuerdos de pasantía, tan gratos para nuestros corazones, me dirijo para reclamar de ti el único favor que te habré pedido en el curso de nuestra larga vida, plagada de catástrofes políticas á las que yo he debido tal vez el honor de llegar á ser colega tuyo. Este favor, amigo mío, te lo pido al borde de la tumba, en nombre de mis canas, que caerían de dolor si tú no atendieses mis ruegos. Sorbier, no se trata de mí ni de los míos, pues he perdido á la pobre señora Chesnel y no me quedan hijos. ¡Ay de mí! se trata de algo más que de mi familia, si yo la tuviese; se trata del hijo único del señor marqués de Esgrignon, de quien tuve el honor de ser intendente al salir del estudio á donde me había enviado su padre á expensas suyas con objeto de procurarme medios de hacer fortuna. Esta casa, que me sirvió de sustento mucho tiempo, ha sufrido todas

las desgracias de la Revolución. Yo pude salvarle algunos bienes; pero ¿qué es esto en comparación de la opulencia pasada? Sorbier, yo no podría expresarte hasta qué punto soy adicto á esta casa, á la que he visto á punto de caer en el abismo de los tiempos: la proscripción, la confiscación, la vejez y carencia absoluta de heredero. ¡Cuántas desgracias! El señor marqués se casó, su mujer murió del parto del joven conde y no queda hoy más heredero que este noble, querido y precioso niño. Los destinos de esta casa se cifran en ese joven, que ha contraído ya algunas deudas divirtiéndose aquí. ¿Qué llegará á ser en provincias con cien miserables luises? Sí, amigo mío, cien luises, he aquí á donde ha venido á parar la gran casa Esgrignon. En esta situación, su padre ha sentido la necesidad de enviarle á París para reclamar en la corte el favor del rey. París es un lugar muy peligroso para la juventud y es necesario la dosis de razón que nos hizo á nosotros notarios para vivir ahí moderadamente. Por otra parte, me desesperaría saber que este pobre niño pudiese vivir en medio de las privaciones que nosotros conocimos. ¿Te acuerdas del placer con que tú repartías conmigo tu panecillo en los pasillos del Teatro Francés, cuando permanecimos en ellos un día y una noche con objeto de ver la representación del *Matrimonio de Figaro*? ¡Cuán ciegos éramos! Nosotros éramos felices y pobres; pero un noble no sabría ser feliz en la indigencia. La indigencia de un noble es una cosa contra natura. ¡Ah! Sorbier, cuando se ha tenido la dicha de haber detenido con la mano en la caída á uno de los más hermosos árboles genealógicos del reino, es tan natural tenerle apego, amarle, regarle, querer verle florecer, que no te asombrarán seguramente las precauciones que tomo, y el oírme reclamar el concurso de tus luces para llevar á buen puerto á nuestro joven. La casa Esgrignon ha destinado la suma de cien mil francos para los gastos del viaje que va á emprender el joven conde. Ya lo verás. No hay en París joven que pueda comparársele. Interésate por él como por un hijo único. En fin, yo estoy seguro de que la señora Sorbier no titubeará en secundarte en la tutela moral con que yo te invisto. La pensión del señor conde Victoriano ha sido fijada en la suma de dos mil francos mensuales, pero tú empezarás por entregarle diez mil para sus primeros gastos. De esta suerte, la familia cuenta con

recursos para dos meses de permanencia, salvo el caso de un viaje al extranjero, para el cual veríamos de tomar otras medidas. Asóciate, amigo mío, á esta obra, y procura tener el bolsillo cerrado. Sin amonestar al señor conde, hazle consideraciones, retenle lo más que puedas y haz de modo que no se anticipe á gastar el dinero de un mes en otro, á no ser mediante poderosas razones, pues tampoco convendría desesperarle en circunstancias en que el honor estuviese empeñado. Infórmate de sus pasos, de su vida y de las gentes con quienes vaya. El señor caballero de Valois me ha dicho que una bailarina de la Opera costaba generalmente más barata que una mujer de la corte. Infórmate respecto á este punto y contéstame. Si tienes muchas ocupaciones, tal vez la señora Sorbier podría informarse de lo que haga el joven. Tal vez no le desagrade á ella la idea de convertirse en ángel guardián de un joven tan noble y tan encantador. Dios le tendrá en cuenta el haber aceptado tan santa misión. Su corazón se estremecerá tal vez, cuando sepa los muchos peligros que corre en París el joven Victoriano; ya le veréis: es tan guapo como joven, tan ocurrente como confiado. Si se liase con alguna mala mujer, la señora Sorbier podría mejor que tú advertirle de todos los peligros que corriese. Va acompañado de un antiguo criado que podrá decirte muchas cosas. Sonda á José, á quien he dicho que te consulte en las situaciones delicadas. Pero ¿para qué decirte más? Hemos sido pasantes y malignos; recuerda nuestras escapadas y vuelve á ser joven por algún tiempo para este asunto, viejo amigo mío. Los sesenta mil francos te serán remitidos en un bono contra el Tesoro, por conducto de un señor de nuestra villa que se traslada á París.»

Si el matrimonio Sorbier hubiese seguido las instrucciones de Chesnel, hubiera tenido que pagar tres espías para vigilar al joven conde de Esgrignon. Sin embargo, no dejaba de haber en la elección del depositario un sabio cálculo. Un banquero da fondos mientras los tiene aquel que tiene cuenta en su casa, mientras que á cada necesidad de dinero el joven conde se vería obligado á hacer una visita al notario, el cual no dejaría ciertamente de hacerle consideraciones. Victoriano estuvo á punto de dejar ver su alegría al saber que le señalaban dos mil francos mensuales. No conocía París, y por

esta razón creía poder arrastrar un tren de príncipe con aquella suma.

El joven conde partió dos días después acompañado de las bendiciones de todos los concurrentes al Gabinete de los Antiguos, siendo abrazado por las viudas nobles, colmado de votos y seguido hasta fuera de la villa por su anciano padre, por su tía y por Chesnel, los cuales lloraban abundantemente. Esta súbita marcha dió pasto durante varios días á las conversaciones de la villa y agitó sobre todo los corazones rencorosos del salón de Croisier. Después de haber jurado la pérdida de los Esgrignon, el antiguo proveedor, el presidente y sus adláteres veían que su presa se les escapaba, pues fundaban su venganza en los vicios del aturdido, que dejaría ya de estar á su alcance en lo sucesivo.

Una inclinación natural en el espíritu humano, que convierte á veces en libertina á la hija de una devota y en devota á la hija de una mujer ligera, la ley de los contrarios, que es sin duda la *resultante* de la ley de los similares, arrastraba á Victoriano hacia París llevado de un deseo, al que hubiera sucumbido tarde ó temprano. Educado en una casa de provincias y rodeado de rostros tranquilos y serenos que le sonreían y de gentes graves que armonizaban con los colores antiguos de aquella morada, este muchacho no había visto más que amigos respetables. Excepto el Caballero secular, todos los que le rodeaban tenían modales afectados y palabras serias y sentenciosas. Había sido acariciado por aquellas damas con faldas grises y con los mitones bordados que Blondet nos ha descrito. El interior de la casa paterna estaba decorado con un lujo antiguo que no inspiraba más que pensamientos serios. En fin, instruído por un cura religioso y lleno de esa amenidad de los ancianos que fluctúan entre estos dos siglos que traen al nuestro las rosas secas de su experiencia y la flor marchita de las costumbres de su juventud, Victoriano, que fué educado para costumbres serias y á quien todo aconsejaba que continuase la gloria de una casa histórica, considerando su vida como una cosa grande y hermosa, Victoriano daba oídos á las ideas más peligrosas y veía en su nobleza un peldaño que le serviría para elevarse por encima de los demás hombres. Pero al tocar este ídolo, alabado continuamente en el hogar paterno, había visto su vaciedad y se había convertido en el más común y en el más horrible de los seres sociales, en un egoísta consecuente. Lle-

vado por la religión aristocrática del yo á seguir sus caprichos siempre respetados por los que cuidaron de su infancia y por los primeros compañeros de sus locuras de juventud, se había acostumbrado á no estimar las cosas más que por el placer que le procuraban y á ver buenas almas reparando sus tonterías, complacencia perniciosa que debía perderle. Aunque su educación fué buena y piadosa, tenía el defecto de haberle aislado demasiado, de haberle ocultado el tren de vida en su época, que no es ciertamente el tren de una vida de provincias: su verdadero destino le llevaba más allá. Había contraído la costumbre de no evaluar el hecho por su valor social, sino relativo, y encontraba sus razones buenas en razón de su utilidad. Como los déspotas, hacía la ley para la circunstancia, sistema que es á las acciones del vicio lo que el capricho es á las obras de arte: una causa perpetua de irregularidad. Dotado de un golpe de vista penetrante y rápido, veía bien, pero obraba pronto y mal. No sé qué de incompleto que no se explica y que se encuentra en muchos jóvenes, alteraba su conducta. Apesar de la actividad de sus pensamientos, tan pronto como la sensación hablaba, el cerebro oscurecido parecía no existir ya. Hubiera sido el asombro de los sabios y era capaz de sorprender á los locos. Su deseo eclipsaba inmediatamente los espacios claros y lúcidos de su cerebro, y después de las disipaciones, contra las cuales carecía de fuerza, caía en abatimientos de cabeza, de corazón y de cuerpo, y en postraciones completas que le hacían parecer medio imbécil. Poseía, en fin, un carácter que puede sumir en el lodo al hombre que se entrega á sí mismo ó llevarle á la cumbre del Estado cuando va sostenido por la mano de un amigo implacable. Ni Chesnel, ni el padre, ni la tía, habían podido conocer aquella alma poética por muchos conceptos, pero herida de una espantosa debilidad en su centro.

Cuando Victoriano estuvo á algunas leguas de su villa natal, no sintió ninguna pena, ni pensó ya en su anciano padre, que le quería entrañablemente, ni en su tía, cuyo amor era insensato. Aspiraba á París con una violencia fatal, se había transportado á él con el pensamiento cual á un mundo de magia, y lo había convertido en escenario de sus más hermosos sueños, creyendo ser allí el primero, como en la villa y en el departamento en que imperaba el nombre de su padre. Lleno no de orgullo, sino de vanidad, sus goces se

agrandaban con toda la grandeza de París. Hizo el viaje con rapidez. Lo mismo que el pensamiento, su coche no tuvo ninguna transición entre el horizonte limitado de su provincia y el mundo enorme de la capital. Se apeó en la calle de Richelieu, en un hermoso palacio próximo al bulevar, y se apresuró á tomar posesión de París como un caballo farnésico de una abundosa pradera. Poco tardó en notar la diferencia de los dos países. Sorprendido más bien que intimidado por este cambio, reconoció con la prontitud de su talento lo muy poca cosa que era en medio de aquella enciclopedia babilónica y cuan loco sería en querer oponerse al torrente de las ideas y de las costumbres nuevas. Un solo hecho le bastó para comprenderlo todo. La víspera había entregado la carta de su padre al duque de Lenoncourt, que era uno de los señores franceses que gozaban de más favor en palacio. Le había hallado en su magnífica morada en medio de los esplendores aristocráticos, y al día siguiente lo encontró en el bulevar á pie, con un paraguas en la mano, callejeando sin ninguna distinción, sin llevar siquiera el cordón azul, que no era abandonado nunca antaño por un caballero de órdenes. Aquel duque y par, primer hidalgo de la cámara del rey, no había podido retener una sonrisa, á pesar de su delicada cortesía, al leer la carta de su pariente el marqués. Aquella sonrisa había dicho á Victoriano que no había sesenta leguas desde París al Gabinete de los Antiguos, sino que había una distancia de varios siglos.

En cada época, el trono y la corte se han rodeado de familias favoritas sin ninguna semejanza de nombres ni caracteres con las de los otros reinados. En esta esfera, parece que es el hecho y no el individuo el que se perpetúa. Si la historia no existiese para probar esta observación, sería increíble. La corte de Luis XVIII ponía entonces de relieve á hombres casi extraños á los que adornaban la de Luis XV: los Rivière, los Blacás, los Avaray, los Dambray, los Vau-blanc, Vitrolles, Autichamp, Larochejaquelein, Pasquier, Decazes, Lainé, Villèle, La Bourdonnaye, etc. Si comparáis la corte de Enrique IV con la de Luis XIV, no encontraréis cuatro ó cinco casos subsistentes. Villeroy, favorito de Luis XIV, era nieto de un secretario advenedizo en el reinado de Carlos IX. El sobrino de Richelieu no es ya casi nada. Los Esgrignon, príncipes casi en tiempos de los Valois, omnipotentes cuando Enrique IV, no tenían porvenir alguno

en la corte de Luis XVIII, el cual no pensaba siquiera en ellos. Hay nombres tan ilustres como el de las casas soberanas, como los Foix-Grailly y los Herouville, hoy sumidos por falta de dinero, único poder de este tiempo, en una obscuridad que equivale á la extinción. Tan pronto como Victoriano hubo juzgado aquel mundo (y no lo juzgó más que desde este punto de vista sintiéndose herido por la igualdad parisiense, monstruo que acabó de devorar, cuando la Restauración, el último resto del estado social), quiso reconquistar su puesto con las armas peligrosas que el siglo dejaba á la nobleza, é imitó para ello la conducta de aquellos á quienes París concedía su costosa atención, sintiendo la necesidad de tener caballos, hermosos coches y todos los accesorios del lujo moderno. Como le dijo de Marsay, que fué el primer petimetre á quien encontró en el primer salón donde fué introducido, era preciso *ponerse á la altura de su época*. Por desgracia suya, fué á caer en el mundo de los crapulosos parisienses, de los de Marsay, Ronquerolles, Lupeaulx, Máximo de Trailles, Rastignac, Vandenesse, Adjuda-Pinto, Baudenord, Roche-Hugon y Manerville, á quienes encontró en casa de la marquesa de Espard, en casa de la duquesa de Grandlieu, de Carigliano, de Chaulieu, en casa de las marquesas de Aiglemont y de Listomere, en casa de la señora Firmiani, en casa de la condesa de Serizy, en la Opera, en las embajadas, en todos aquellas casas adonde le llevaron su buen nombre y su aparente fortuna. En París, un nombre de reconocida nobleza, aceptado por el arrabal Saint-Germain, que conoce al dedillo la nobleza provinciana, da un pasaporte que abre las puertas más difíciles de girar sobre sus goznes para los desconocidos y para los seres de la sociedad secundaria. Victoriano encontró á todos sus parientes llenos de amabilidad para con él tan pronto como dejó su carácter de solicitante, pues el joven había visto en el acto que el mejor medio de no obtener nada era el pedir algo. En París, si el primer impulso inclina á mostrarse protector, el segundo, que es mucho más duradero, lleva á despreciar al protegido. La altivez, la vanidad, el orgullo, todos los sentimientos buenos y malos del joven le inclinaron á tomar, por el contrario, una actitud agresiva. Los duques de Verneuil, de Herouville, de Lenoncourt, de Chaulieu, de Navarreins, de Grandlieu y de Maufrigneuse, y los príncipes de Cadiñán y de Blamont-Chauvry tuvieron entonces un verda-

dero placer en presentar al rey aquel despojo de una antigua y noble familia. Victoriano fué á las Tullerías en un magnífico coche con las armas de su casa, pero su presentación le demostró que el pueblo procuraba demasiados cuidados al rey para que éste pensase en su nobleza. Adivinó de pronto el ilotismo á que la Restauración había condenado á la nobleza, y comprendiendo que no había para él destino conveniente ni en la corte, ni en el Estado ni en ninguna otra parte, se lanzó al mundo de los placeres. Presentado en el Eliseo Borbón, en casa de la duquesa de Angulema y en el pabellón Marsán, halló en todas partes los testimonios de superficial cortesía debidos al heredero de una casa antigua cuyo recuerdo acudió á su mente cuando le vieron á él. Y aun era mucho un recuerdo. En la distinción con que honraban á Victoriano podía entreverse la dignidad de par y un buen matrimonio; pero su vanidad le impidió declarar su posición y se mantuvo en la esfera de su falsa opulencia. Por otra parte, fué tan felicitado por su elegancia y se sintió tan feliz con su primer éxito, que una vergüenza que sienten muchos jóvenes, la vergüenza de abdicar, le aconsejó que guardase su actitud primera. Tomó una habitación en la calle del Bac, con cuadra cochera y los demás accesorios de la vida elegante á la que se había, en un principio, condenado.

Estos preparativos exigieron de momento cincuenta mil francos, que fueron obtenidos por el joven conde á pesar de todas las previsiones del juicioso Chesnel, mediante un concurso de circunstancias imprevistas. La carta de Chesnel llegó, en efecto, al estudio de su amigo; pero éste había fallecido. Al ver una carta que parecía hablar de negocios, la señora Sorbier, viuda muy poco poética, se la entregó al sucesor del difunto, Maese Cardot, que era el nuevo notario, y éste le dijo al joven conde que la letra contra el Tesoro sería nula si no iba á la orden de su predecesor. En contestación á la epístola tan largamente meditada por el viejo notario de provincias, maese Cardot escribió una carta de cuatro líneas. Chesnel libró la letra á nombre del joven notario, el cual, poco susceptible de hermanarse con el sentimentalismo de su corresponsal, y satisfecho de poder ponerse á las órdenes del señor de Esgrignon, dió á Victoriano todo lo que le pidió. Los que conocen la vida de París saben que no hacen falta muchos muebles, coches, caballos y elegancia para emplear

cincuenta mil francos, pero deben considerar que Victoriano tuvo en poco tiempo veinte mil francos de deudas en casa de sus proveedores, los cuales no exigieron de momento el dinero creyendo mayor su fortuna, que había sido aumentada ya por la opinión pública y por José, especie de Chesnel con librea.

Un mes después de su llegada, Victoriano se vió obligado á ir á buscar diez mil francos más á casa de su notario, pues había jugado al whisl en casa de los duques de Navarreins, de Lenoncourt, de Chaulieu y en el Círculo, y después de haber ganado algunos miles de francos, perdió cinco ó seis mil y sintió la necesidad de procurarse un fondo para el juego. Victoriano poseía ese ingenio que gusta al mundo y que permite á los jóvenes de grandes familias ponerse al nivel de toda elevación. No sólo fué admitido en seguida como un personaje entre la juventud distinguida, sino que fué envidiado por ella. Cuando se vió objeto de la envidia, sintió una satisfacción embriagadora poco á propósito para hacerle cambiar de rumbo. Desde este punto de vista, fué insensato, pues sin querer pensar en los medios, agotaba sus bolsillos cual si debieran siempre llenarse y se prohibió á sí mismo el reflexionar acerca de lo que le ocurriría siguiendo aquella marcha. En aquel mundo disipador, en aquel torbellino de fiestas, se admite á los actores en escena sin preocuparse de sus medios: no hay nada de peor gusto que el discutirlo. Cada uno debe perpetuar sus riquezas como la naturaleza perpetúa las suyas: en secreto. Un joven como Victoriano, apoyado por los poderes del arrabal Saint-Germain y á quien sus mismos protectores atribuían una fortuna superior á la que tenía, aunque sólo fuese para desembarazarse de él; en fin, un conde casadero, guapo, ocurrente, atractivo, cuyo padre poseía aún las tierras de su antiguo marquesado y el castillo hereditario, un joven tal es admirablemente acogido en todas las casas donde hay mujeres aburridas, madres acompañadas de muchachas casaderas ó hermosas bailadoras sin dote. El mundo le atrajo, pues, sonriendo hacia las primeras banquetas de su teatro. Las banquetas que los marqueses de antaño ocupaban en la escena siguen existiendo en París, donde los nombres cambian, pero no las cosas.

Victoriano volvió á hallar en la sociedad del arrabal Saint-Germain á la pareja del Caballero en la persona del

vizconde de Pamiers. El vidamo era un caballero de Valois elevado á la décima potencia, rodeado de todos los prestigios de la fortuna y gozando de las ventajas de una elevada posición. Aquel querido vidamo era el depósito de todas las confidencias, la gaceta del arrabal; pero discreto y sin decir más que lo que se puede publicar, como hacen todas las gacetas. Victoriano pudo ver que el vidamo profesaba también las trascendentales doctrinas del Caballero. El vizconde dijo á Esgrignon sin ningún rodeo que tuviese mujeres distinguidas, contándole lo que él hacía á su edad. Lo que el vidamo de Pamiers se permitía entonces está tan lejos de las costumbres modernas, en que el alma y la pasión desempeñan tan gran papel, que es inútil contarlo á gentes que no lo creerían. Pero aquel excelente vidamo hizo más aun, pues acabó diciéndole á Victoriano:

—Le convido á usted á comer en la taberna, y después de la Opera, á donde vamos á digerir, le llevaré á usted á una casa donde tienen grandes deseos de verle.

El vidamo le dió una deliciosa comida en el Rocher de Cancale, donde encontró á tres convidados solamente: de Marsay, Rastignac y Blondet. Emilio Blondet era un compatriota del joven conde, un escritor que frecuentaba la elevada sociedad gracias á sus relaciones con una mujer encantadora llegada de la provincia de Victoriano, con aquella señorita de Troisville casada con el conde de Montcornet, uno de los generales del Emperador que se había pasado á los Borbones. El vidamo sentía un profundo desprecio por las comidas en que los convidados pasaban de seis. Según él, en este caso no había ya conversación, ni cocina, ni vinos saboreados con conocimiento de causa.

—Hijo mío, aun no le he dicho á usted donde le llevaré esta noche—dijo cogiéndole las manos á Victoriano y acariciándoselas.—Irá usted á casa de la señorita de Touches, donde estarán en reunión familiar todas las mujeres guapas y jóvenes que tienen pretensiones al talento. La literatura, el arte, la poesía, todos los talentos están allí en auge. Es una de nuestras antiguas oficinas de ingenio, pero barnizada con moral monárquica, que es la librea de estos tiempos.

—Sí, aquello es á veces aburrido y fatigoso como un par de botas nuevas, pero se encuentran allí mujeres con las cuales sólo allí puede hablarse—dijo de Marsay.

—Si todos los poetas que vienen aquí á desempolvár á sus musas se pareciesen á nuestro compañero—dijo Rastignac golpeándole familiarmente el hombro á Blondet,—uno se divertiría; pero la oda, la balada, las meditaciones acerca de sentimientos baladís, las novelas con grandes márgenes infestan el espíritu y los canapés.

—Con tal que no estropeen á las mujeres y que corrompan á los jóvenes, yo no las odio—dijo de Marsay.

—Señores—dijo Blondet sonriéndose,—ustedes vienen á introducirse en mi campo literario.

—Cállate; tú nos has robado la mujer más encantadora del mundo, feliz pillastre—exclamó Rastignac;—bien podemos, pues, nosotros tomar tus menos brillantes ideas.

—Sí, el muy pillín es feliz—dijo el vidamo cogiendo á Blondet por una oreja y retorciéndosela;—pero tal vez sea más feliz esta noche Victoriano.

—¿Ya?—exclamó de Marsay.—Apenas hace un mes que está aquí, apenas ha tenido tiempo para sacudirse el polvo de su vieja morada y de enjugarse el salitre en que su tía lo había conservado; apenas ha tenido un caballo inglés, un tilburi á la moda, un *groom*...

—No, no, no tiene *groom*—dijo Rastignac interrumpiendo á de Marsay.—Tiene una especie de aldeanillo que ha traído de *su lugar* y que ha sido declarado inhábil para llevar chaquetilla por Boisson, que es el sastre que hace mejor los trajes de librea.

—Lo cierto es que todos ustedes debían imitar á Beau-denor, que tiene sobre todos nosotros la ventaja de poseer el verdadero *tigre* inglés.

—Señores, he aquí á donde han venido á parar los hidalgos en Francia—exclamó Victoriano.—Para ellos la cuestión es tener un *tigre*, un caballo inglés y buen número de fruslerías.

—¡Ay!—dijo Blondet señalando á Victoriano.—El buen juicio del joven me asusta á veces.

—Pues bien, sí, joven moralista, en eso estriba todo. Usted no tiene siquiera, como nuestro querido vidamo, la gloria de las profusiones que le hicieron célebre hace cincuenta años. En fin, usted, conde de Esgrignon, cena con un señor Blondet, hijo menor de un miserable juez de provincias á quien ustedes no daban la mano allá abajo y que dentro de doce años puede sentarse al lado de usted entre

los pares del reino. Después de esto, crea usted en la nobleza si le parece.

—Bueno—dijo Rastignac,—hemos pasado del hecho á la idea, de la fuerza brutal á la intelectual; hablamos...

—No hablemos de nuestros desastres—dijo el vidamo,—pues yo he resuelto morir alegremente. Si nuestro amigo me tiene *tigre*, es de la raza de los leones y no lo necesita.

—No puede pasar sin él—dijo Blondet,—es demasiado recién llegado.

—Aunque su elegancia sea aún nueva, nosotros lo adoptamos—repuso de Marsay.—Es digno de nosotros, comprende su época, tiene talento, es noble, es lindo, le amaremos, le serviremos, le empujaremos...

—¿A dónde?—dijo Blondet.

—¡Curioso!—replicó Rastignac.

—¿Con quién se arregla esta noche?—preguntó de Marsay?

—Con todo un serrallo—respondió el vidamo.

—¡Diablo! pero ¿qué es eso para que el querido vidamo se muestre riguroso con nosotros, cumpliendo su palabra á la infanta?—repuso de Marsay.—Sin embargo, me consideraría desgraciado si no la conociese.

Después de la comida, que fué muy agradable, Rastignac y de Marsay acompañaron al vidamo y á Victoriano á la Opera, para poder seguirles á casa de la señorita de Touches. Estos dos hombres corridos se presentaron allí á la hora calculada en que debía acabar la lectura de una tragedia, la cual consideraban como la cosa más malsana para tomarse entre once y doce de la noche. Iban allí para espiar á Victoriano y molestarle con su presencia: verdadera malicia de colegial, aunque agriada con la hiel del petimetre celoso. Victoriano tenía ese descaro de paje que ayuda mucho á la desenvoltura; así es que observando el modo como el recién llegado hacía su entrada, Rastignac se asombró de su pronta iniciación en los hermosos modales del momento.

—Ese pequeño Esgrignon irá lejos, ¿verdad?—le dijo por lo bajo á su compañero.

—Eso, según—respondió de Marsay,—pero va bien.

El vidamo hizo la presentación del joven conde á una de las duquesas más amables y más ligeras de aquella época y cuyas aventuras no tuvieron resonancia hasta cinco años después. En todo el brillo de su gloria, tildada ya de ciertas

ligerezas, aunque sin pruebas, obtenía entonces el relieve que da á una mujer, como á un hombre, la calumnia parisiense. La calumnia no alcanza nunca á las medianías, las cuales están rabiosas porque les dejan vivir en paz. Esta mujer era la duquesa de Maufrigneuse, una señorita de Uxelles, cuyo suegro vivía aún y que no fué princesa de Cadiñán hasta más tarde. Amiga de la duquesa de Langeais y de la vizcondesa de Beauseant, dos esplendores eclipsados, era íntima de la marquesa de Espard, á quien disputaba en este momento el frágil imperio de la moda. Una parentela considerable la protegió durante mucho tiempo; pero pertenecía á ese género de mujeres que sin que se sepa en qué, dónde, ni cómo, era capaz de devorar las rentas de la tierra y las de la luna si pudiese percibir las. Su carácter sólo empezaba á dibujarse y únicamente de Marsay la había profundizado. Al ver al vidamo llevando á Victoriano para presentarlo á esta deliciosa mujer, aquel tímido petimetre se acercó al oído de Rastignac, para decirle:

—Querido mío, será silbado como un polichinela por un cochero de fiacre.

Esta frase horriblemente vulgar precisaba admirablemente los elementos de aquella pasión. La duquesa de Maufrigneuse estaba locamente enamorada de Victoriano, después de haberle estudiado seriamente. Un enamorado que hubiese visto la mirada angelical con que ella dió las gracias al vidamo de Pamiers, se hubiese sentido celoso de semejante expresión de amistad. Las mujeres son como caballos soltados en una estepa, cuando se encuentran, como la duquesa en presencia del vidamo, en un terreno sin peligro: entonces son naturales y tal vez gustan de dar pruebas de sus secretas ternuras. Fué aquella una mirada discreta, de ojo á ojo, sin repetición posible en ningún espejo y que no fué sorprendida por nadie.

—¡Cómo se ha preparado!—dijo Rastignac á de Marsay. ¡Qué tocado de virgen, que gracia de cisne con su cuello de nieve, que miradas de madona inviolada, que bata blanca y que talle de niña! ¿Quién diría que tú has pasado por ahí?

—Pero si ella está así por eso mismo—respondió de Marsay con aire triunfal.

Los dos jóvenes cambiaron una sonrisa. La señora de Maufrigneuse sorprendió esta sonrisa y, adivinando la conversación, dirigió á los dos corridos una de esas miradas que